

F  
329  
SG

Donativo del Sr. Pipirero

Sig.: F 329 SG

Tit.: Discurso leído en la apertura d

Aut.: Balsera, José

Cód.: 51078404





DISCURSO

LEIDO

EN LA APERTURA DEL INSTITUTO

DE SEPTIMA SEPTIMA

de Septima

EL DIA 2 DE NOVIEMBRE DE 1815

POR EL CEBE POLITICO DE LA PROVINCIA

Don José Galera



de Septima: 1815.

IMPRESA DE LOS SOBRIOS DE ESPINOSA

## SEÑORES:

Aunque esta solemnidad, desnuda ciertamente de aparato, pudiera hoy ofrecerse á los ojos de la fria reflexion como una especie de anacronismo en época en que lo observen todo la política y la ambicion; en que los negocios y aun las palabras roban la aficion y el tiempo á los verdaderos estudios, y en que despues de tantas convulsiones anárquicas se alarman á cada paso y ponen en conflicto la propiedad, las familias y todos los mas íntimos afectos y sentimientos humanos; sin embargo, un sagrado y por otra parte agradable deber, y los vínculos de aprecio y gratitud que me ligan con este pais, me han hecho buscar con ansia la satisfaccion y el momento de abrir las puertas de este recinto. De cuantos beneficios pudiera yo dispensar á mi suelo natal, cuando ejerciendo en él por la benignidad del Gobierno una magistratura de paz y de beneficencia, de justicia y proteccion, no menos represora de los crímenes que promovedora incansable de todos los intereses públicos, debo fomentar con ardor su prosperidad; ninguno mas importante, ninguno mas urgente y trascendental, que procurar por todos medios los progresos de la

educacion pública en todos sus ramos. La educacion ha sido y será siempre en todas las naciones un negocio de la mas alta importancia, considerado como tal por todos los hombres de Estado, y por cuantos han ejercido con sus doctrinas científicas, sociales y literarias, algun influjo en la suerte de la humanidad. El hombre es el resultado de su educacion, ha dicho Montesquieu: ella es la que modifica su espíritu, su corazon y sus costumbres: alguna vez se han apoderado de su influjo los legisladores de los pueblos para mejorar sus instituciones políticas, como en Esparta, inspirando á los ciudadanos grandes sentimientos de libertad y amor á la patria. Hoy distamos mucho de unos tiempos en que los intereses de la moral padecian con esos principios, y las circunstancias no nos hacen susceptibles de ser gobernados por solo las leyes de una educacion apoyada en la política. Si estas son verdades demostradas por todos los hechos y consignadas en todos los libros que como las Escrituras Santas deben considerarse, valiéndome de las palabras del respetable Pascal, no solo libros de sabiduría que hablan al espíritu, sino tesoros de moral que mueven y persuaden al corazon, libros de fácil inteligencia para cuantos tienen un interior recto inspirado por la caridad: si esta es, repito, una verdad unánimemente confesada desde Ciceron hasta Bossuet, su aplicacion es aun una cosa mas urgente y perentoria en los tiempos de infortunio en que vivimos, que parecen destinados á reducir á prueba aquel fatídico pronóstico de un profundo filósofo de la Francia, Mr. Debut Tracy, no estraño por otra parte á los negocios públicos ni al conocimiento de los sucesos de su época. «El siglo XVIII» decia «ha comenzado en Francia por el reinado de la hipocresía, y acabado por la depravacion. Mucha debe ser nuestra inquietud por la suerte del siglo XIX, que debe ser abominable. Con efecto» señores «las doctrinas, sin duda alguna, exageradas y erróneas de la última centuria, tanto en lo político como en lo religioso y aun en lo filosófico, escritas con tanta sangre por lo mismo que han sido espresadas con tanta elocuencia, han conducido nuestra sociedad

á una situación lamentable. Despues de llevar al caos la ciencia del Gobierno, só pretesto de combatir los escesos del poder absoluto, han difundido la duda hasta en los principios mas inconcusos, santos y respetables, que prescindiendo de la divinidad de su origen, fueron siempre el ídolo y la conviccion sincera de los hombres mas eminentes de todas creencias y opiniones, de todos climas y tiempos, incluso los del paganismo, pues que la religion no está reñida con la razon, sino que venerable siempre por sus pruebas incontestables, por su antigüedad, grandeza y elevacion, es el consuelo de la humanidad á causa de los bienes que desde luego nos asegura y los que nos promete. El fanatismo, ensangrentando un puñal homicida en las entrañas de un gran Príncipe, y preparando escenas de horror en un dia de eterna y execrable memoria en los anales de la Francia, no es aquella divinidad benéfica que mantiene la obediencia debida á las leyes y nos prepara un porvenir de inefables y dulces recompensas. Sin embargo, la escuela filosófica del siglo XVIII, confundiendo con su espíritu reaccionario cosas tan distintas, ha empleado toda la vehemencia de sus declamaciones y toda la fuerza del pensamiento; es decir, del elemento mas sublime que constituye todo el mérito y dignidad del hombre, en impugnar abiertamente el gran principio de la inmortalidad de su alma; ese principio que nos importa tanto y nos toca tan profundamente, que es necesario haber perdido todo sentimiento para vivir en la indiferencia acerca de él; ese principio que de tal modo modifica nuestras ideas y nuestras acciones, según que tengamos ó no bienes eternos que esperar, que es imposible dar un paso seguro en el mar proceloso de la vida, sin ilustrarnos sobre su índole, puesto que constituye nuestros mas caros deberes é intereses; ese principio que hace mirar con compasion á los que le desprecian, si se ocupan noche y dia de disipar acerca de él una duda, que es la última de sus desgracias, y con espanto si solo piensan en el fin de su existencia, desdeñando el exámen de una verdad de fundamentos los mas sólidos, no recibida en los pueblos por una simple y sencilla cre-

**dulidad:** ese principio, en fin, sin el cual ninguna alma elevada puede comprender en el mundo satisfaccion y reposo alguno verdadero, ni placeres que no sean vanidad, ni males que no sean infinitos, y por término de un porvenir incierto y casual, una muerte sombría y azarosa, en pos de la cual hay un Dios justamente irritado y una eternidad amenazadora. Nada es mas positivo y terrible que estas verdades, y nada mas interesante á la direccion y reposo de la sociedad. Su impugnacion encarnizada y violenta, mezclada con otras peligrosas teorías políticas, al paso que ha derrocado algunos abusos de funesta transcendencia en el órden económico y político de las naciones, con especialidad aquellos que tendian al excesivo engrandecimiento de ciertas clases, á su fanática intolerancia para con las demas, y al exclusivismo de sus miras y pretensiones, ha producido tambien á los pueblos una larga série de calamidades, la desmoralizacion mas profunda, el ódio mas decidido y el desprecio mas marcado de todo principio de autoridad, de todo freno ó sancion, ya sea moral ya penal; y por último, el influjo casi absoluto é irresistible en todos los negocios y acciones de la vida, del interés y utilidad privada. Errores tan graves y perniciosos, cuya existencia es el oprobio de nuestro siglo, y cuyo urgente remedio no puede lograrse sin una paz duradera, sin una tolerancia de opiniones ilimitadas, y sin emplear el mismo tiempo eficaz y constantemente un conjunto de medios adecuados á inspirar á la juventud hábitos de probidad y de verdadera ilustracion y cultura, exigen de parte de los Gobiernos y de sus delegados el mayor esmero en la mejora de la educacion moral é intelectual de todas las clases. La España, llamada hoy por un efecto de circunstancias tan inesperadas como ajenas de ocupar en este momento nuestra atencion, á gozar como primer fruto del espíritu de reformas, de una libertad siempre peligrosa, pero siempre preferible, segun la sentencia de Tácito, á la mas tranquila servidumbre, debe mostrarse y se muestra cuidadosa de organizar todos los elementos de su prosperidad y gobernacion, entre ellos muy

especialmente el de la educacion pública, siguiendo en esta benéfica empresa las huellas y los progresos de otras naciones que han hecho en ese importante ramo de la administracion ensayos cuya utilidad está confirmada por la esperiencia. Despues de haber creado algunas altos cargos públicos y corporaciones dedicadas á un mismo tiempo que á la enseñanza, al estudio incesante de los adelantos que con asombrosa rapidéz se advierten en la vasta comprension de los conócimientos humanos, han dispuesto las cosas de tal modo, que esos cuerpos y funcionarios sirvan como de centro donde se reunen todas esas luces é investigaciones, difundiendo despues sus resultados por las respectivas escuelas y establecimientos de instruccion pública, y han distribuido ademas de un modo conveniente la educacion segun sus distintos objetos, y segun las diversas edades, dando impulso increíble en cuanto á la niñez á la filantrópica y humanitaria creacion de las escuelas de párvulos, y comprendiendo bajo el nombre de instruccion secundaria en los colegios é institutos, todo lo que se conocia por estudios filosóficos y servia de base hasta ahora por lo general á la adquisicion de las llamadas facultades mayores, como tambien otras nociones mas ó menos elementales de las ciencias exactas, naturales y físicas, cuya necesidad y utilidad eran universalmente sentidas y apreciadas, tratándose de emprender ciertas carreras y profesiones del mayor interés para los pueblos, pero cuya enseñanza y fomento se ha mirado entre nosotros con desdén, y hasta con ceño por causas harto notorias. Todos saben lo que significaba la filosofia de nuestras universidades y seminarios; la perseverancia con que la hemos sostenido largo tiempo despues de haberla casi abandonado la Europa, cuando acabadas ó próximas á concluir las disputas religiosas, brillaron en ella los sublimes genios de Bacon, Descartes, Locke y Condillac, y los de Galileo, Neutnton y Lavoisier, y la desconfianza y hostilidad con que han mirado nuestros gobiernos las investigaciones y descubrimientos de las ciencias exactas y de observacion, tan importantes para las ar-

tes de la paz y de la guerra y para la prosperidad de la navegación y del comercio. Un conjunto de sofismas y de sutilezas, á propósito únicamente para oscurecer las verdades más claras y sencillas, manteniendo encaenado al entendimiento bajo el yugo de una autoridad tiránica, á la que hubo de reverenciarse como infalible, era lo que ha llevado entre nosotros el nombre de filosofía; aquella filosofía que Ciceron llamaba la meditacion de la muerte; *tota philosophorum vita comentatio mortis*; y alguno de los modernos más sensatos, *una atencion continua sobre lo presente, una prevision de lo futuro, y un recuerdo de lo pasado*. Convertirlo todo en problema y oscuridad, envolviendo el arte del raciocinio en un laberinto de términos que disgustaba á los buenos talentos y los separaba del exámen de la verdad, conduciéndolos desde una lógica enmarañada á una metafísica tortuosa y aérea, en que la imaginacion perpétuamente descarriada, se abismaba con angustia en profundidades impenetrables. Tal era el sistema que ha servido de base por largo tiempo á nuestros estudios. Eterna será, no obstante, y respetable la memoria de los hombres eminentes que han brillado en la Europa á pesar del imperio de tales doctrinas, nutridos en la lógica de Aristóteles, mal comprendida quizá, y que si bien descansaba en principios no muy exactos, por lo cual ha sido cultivado sin grandes progresos, todavía los modernos ideologistas se llaman continuadores y discípulos de tan gran maestro, y sus ejecutores testamentarios. Nuestra nacion, no escasa de blasones adquiridos en esta grande y gloriosa contienda, ufana con su siglo de oro en que vieron la luz ó en que brillaron sus más distinguidos escritores, recuerda con orgullo en el período más notable de su historia, á los ilustres hombres que la representaron en Trento, y á los que con sus armas y su política sostuvieron su rango é hicieron resonar su nombre radiante y lleno de esplendor en ambos mundos, á los inmortales Cervantes, Lón y Mariana; á los generales Alba y Córdoba; á los prelados Carranza, Guevara y Cano, y á los ministros Cisneros, ~~Belz~~ y Espinosa; si bien á la

magnificencia de esos recuerdos y de esos triunfos militares, literarios y políticos, prez y gloria de una edad tan afortunada, no puede añadir, hoy víctima de increíbles discordias y desdichas, sino los triunfos que cada día adquiere sobre sus tristes ciudadanos y sobre la ruina de sí misma. Empero llamada siempre á un gran destino á pesar de tantos y tan desastrosos vaivenes, por los favores con que la dotó el Cielo, y oyendo ya sonar en sus desiertos campos la hora del reposo y la civilizacion, entra á gozar con la reforma de sus estudios y los ilustrados esfuerzos de un gobierno libre, del movimiento industrial é intelectual del siglo, movimiento grande, sorprendente, magnífico de que por todas partes se levantan durables monumentos en la legislación, en la historia, en la literatura y en casi todos los ramos del saber y de la pública prosperidad, si se exceptúan algunos opúsculos fútiles y algunas producciones de mal gusto, debidas á esa especie de anarquía literaria que tiene mucho contacto con las pasiones políticas. El Gobierno, pues, atento á llenar el sagrado deber de mejorar á todo trance la situación de nuestros establecimientos literarios, dictó no há mucho una resolución previniendo que los cursos de filosofía ganados en los Seminarios Conciliares por los escolares esternos, no aprovechasen sino para la profesion eclesiástica, derogando así órdenes anteriores que permitian lo contrario para dar un saber teológico á la enseñanza de la juventud, alejándola de las ciencias á que deben hoy su inmensa prosperidad los pueblos de primer orden de la Europa. Porque ciertamente, ni esa Inglaterra dominadora, casi esclusiva de los mares, ni la opulenta Francia, ni la rica é ilustrada Alemania, sin cultivar incesantemente aquellos conocimientos, podrían conservar fuertes y prósperos sus estados, poderosos y estables sus gobiernos. Apenas fue conocida la citada determinacion del nuestro, sobre abono de cursos en los Seminarios, las provincias todas y sus autoridades se apresuraron á buscar los medios de plantear en ellas institutos de segunda enseñanza por un principio de utilidad general, y para evitar á

sus administrados muchos gastos y dispendios, no menos que los riesgos que lleva consigo la permanencia de la juventud en una edad tierna en las grandes capitales, lejos de la vigilancia y cuidados paternos. Tres años se han empleado en la que tengo la honra de mandar en el logro de tan importante empresa, que ha sufrido contradicciones y obstáculos de diversa especie, de los cuales no se hubiera triunfado sin duda, sin el patriotismo y celo con que han trabajado en la empresa sus dignos representantes en las Córtes, la Diputacion provincial, Ayuntamiento y Junta de nobles artes de esta Capital, á quienes me complazco en tributar en este instante una expresion de gratitud por sus distinguidos servicios en un negocio tan vital é interesante para el pais, consumado en este dia en que comienza bajo los mas felices auspicios este Instituto. Sí, señores: no puede menos de empezar con favorable agüero un establecimiento dotado positiva y suficientemente con recursos bastantes á cubrir las atenciones todas de su servicio, y que cual los demas de su clase, acaba de recibir del Gobierno una sábia organizacion literaria, de que debemos esperar los mas ópimos frutos de ilustracion y moralidad para la juventud; organizacion semejante á la que inmortalizó el ilustre profesorado de Luis Vives; un establecimiento, en fin, consagrado al estudio de lo mas provechoso para adquirir sólidamente los fundamentos de la verdadera sabiduría; las primeras nociones de nuestra rica y bella literatura, en que se han señalado tantos y tan eminentes varones; el conocimiento del latin en donde estan las fuentes del saber, y que sobre ser el idioma de algunos de nuestros códigos, lo es tambien de las grandes verdades y de los grandes hombres del cristianismo, no menos que el de los inimitables modelos históricos y literarios de Roma; el estudio de las matemáticas, antorcha que ilumina el entendimiento en toda clase de investigaciones, y le facilita la adquisicion de muchas ideas útiles, acostumbrándole á la meditacion y á la exactitud en el raciocinio; el de la ideología, que con la lógica y gramática forman la ciencia del razonamiento; el de la

moral, base firme y segura de la felicidad pública y privada, y por último el de la historia, que con el auxilio de la filosofía nos conduce á conocer el corazón humano y la naturaleza de las pasiones, convenciéndonos lo mismo con las instituciones de Licurgo, que con las leyes de Solon; lo mismo con la magnanimidad á veces indiscreta de los atenienses, que con el valor, justicia y desinterés de los romanos, que las mismas costumbres, virtudes y vicios han producido siempre unos mismos efectos, ya en los días de Sila, Mario, César y Pompeyo, ya en los de Camilo y Régulo. Nada faltará, pues, á la prosperidad de este Instituto si los profesores que se colocan á su frente cuidan, como es de esperar, de su buen nombre y progresos. Grande es la misión que se les confía, y grande la autoridad que se ejerce sobre la juventud por el ministerio de la enseñanza, autoridad que no acaba en ningún lugar y tiempo, si para adquirirla sabe renunciar un maestro al influjo de la moda en las opiniones, á los consejos de la vanidad y á las instigaciones del amor propio, penetrándose profundamente de un solo interés benéfico y duradero: la felicidad, el aprovechamiento y la dicha de sus discípulos. Después de dar en sus doctrinas la importancia que justamente corresponde á las creencias y opiniones religiosas, deben defender con celo la causa de la tolerancia, enemiga de todo espíritu de dominadora invasión, que ni penetra en lo íntimo de los corazones para dominarlos, ni permite el ejercicio de tiranía alguna sobre las conciencias. Huyendo de toda acepción de partido y de bandería escolástica, á un mismo tiempo que contienen la indisciplina y la desidia, que son los vicios mas comunes hoy en nuestras escuelas, deben los maestros cuidar mucho de su reputación, de entendidos sin la nota de presuntuosos, de graves sin ser dogmáticos y mucho menos aun superficiales. Nunca mejor que hoy día, y á nadie como á la juventud estudiosa de esta época, puede aplicarse aquella verdad de Bacon: *non plummæ addeudæ hominum intellectui, sed potius plumbum et pondera.*

Al corregir, pues, con un discreto esmero los preceptores de

este Instituto esa tendencia al frívolo charlatanismo, que es la peste de nuestra sociedad y de nuestros estudios, deben hacer un uso moderado y prudente de su posición, promoviendo al mismo tiempo en sus discípulos aquel cuidado y aplicación asidua que aseguran los progresos de la educación pública, y aquella docilidad y emulación que, excitando el deseo de aprender, son el camino directo de la sabiduría. Una equitativa distribución del premio y del castigo, un ánimo dulce y tranquilo, no menos que una conducta firme y sostenida, que sin aparecer caprichosa y aun despótica, lejos de exasperar, persuada á los discípulos de la justicia con que se les corrige y recompensa, les inspirarán ideas de equidad y de respeto á sus maestros, y evitarán el disgusto y tedio con que se reciben siempre las lecciones de un profesor colérico, severo ó riguroso. Bien sabido es aquel principio de Ciceron: *Un hombre bien nacido solo obedece á los que le dan preceptos útiles, le instruyen de lo que deba aprender y le mandan con una autoridad, cuyo interés en respetarla él mismo reconoce.* Perseverando en estos principios, si logramos gozar días de paz y de gobierno á la sombra de una libertad ilustrada, y establecer orden constante en el país, acostumbrando á nuestros hijos á la dulce influencia de ese primer elemento de la grandeza y fomento de los pueblos, el Instituto, vigilado muy de cerca por una junta celosa de su buena dirección y régimen, llegará á adquirir crédito y esplendor, y sus maestros y directores, aspirando á poseer y transmitir los inmensos bienes de la sabiduría, seguros con el testimonio de su conciencia, podrán repetir con orgullo aquella hermosa expresión de los libros sagrados: *sine fictione didici, sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo.*





